



LA UTOPIA POSIBLE EN LA VISION DE FUTURO DEL SUJETO FORMADOR DESDE LA TRANSCOMPLEJIDAD

Armida Liliana Patrón Reyes

Escuela Normal Superior Oficial de Guanajuato
armidalilianapatronreyes@ensog.edu.mx

Pedro Chagoyán García

Escuela Normal Superior Oficial de Guanajuato
p.chagoyang@ensog.edu.mx

Enrique Herrera Rendón

Escuela Normal Superior Oficial de Guanajuato
e.herrerar@ensog.edu.mx

Área temática: Filosofía, teoría y campo en la educación

Línea temática: Estudios sobre proyectos educativos, ideas pedagógicas, teorías, textos y autores

Tipo de ponencia: Aportaciones teóricas.



Resumen

La posibilidad de transformar la realidad, es un empeño inherente al ser humano, desde lo natural y hacia lo cultural, en la historia conocida, conociendo y por conocer, con diferentes perspectivas transcomplejas de mejoramiento de la sociedad. Las grandes dimensiones del quehacer humano: la filosofía, la ciencia, el arte, la religión, dan respuestas diferentes a la experiencia común del encuentro con una alteridad irreductible que desborda expectativas, cuestiona conocimientos, pone en suspenso lo evidente y abre nuevos horizontes. En respuesta a esa experiencia la ciencia genera conceptos, la filosofía pregunta sobre las esencias, la religión celebra ritos y el arte crea formas sensibles.

Al ubicar conceptualmente la visión de futuro desde el sueño posible y lo indeterminado, se parte de una relación presente- futuro. Para ello es fundamental, atender a los conceptos de utopía y conciencia en el sujeto formador.

Por esta ruta, surge la necesidad de reflexionar acerca de cuál es el lugar del sujeto en la producción de conocimiento, de ampliar "los horizontes de la razón", sin restringir la realidad a indicadores e intentar recuperar la dinámica histórica; así se le da a lo utópico un estatus en la construcción de conocimiento, considerando a la utopía como concepto que no apunta a realidades medibles, pesables o tangibles, sino a sentidos posibles.

La apropiación de la realidad con sujetos formadores, supone la inclusión de la utopía, que está en el presente potencial como potencialidad histórica de actualización de direcciones de la realidad en base al principio de apertura.

Palabras clave: Visión de futuro, conciencia histórica, utopía posible, sujeto formador, transcomplejidad.

Introducción

La visión de futuro desde el sueño posible y lo indeterminado, parte de una relación presente-futuro, con la construcción de propuestas de Sujeto Posible. Para ello es fundamental, atender a los conceptos de utopía y conciencia histórica. El tiempo al que se refiere es el presente, la historicidad y espacialidad y aquellas dinámicas divergentes y coyunturales en la que se sitúa el sujeto formador, como una realidad en continuo cambio y transformación.

De aquí se presenta el discurrir inicial de la utopía, que se puede considerar como la proyección humana de vivir en un mundo ideal, es la concepción de un mundo visionario desarrollado por una persona o varias personas, y que dependerá de sus motivaciones, experiencias, sufrimientos, entre otros, que son las que lo llevan a construir en su mente ese mundo ideal. La palabra *u + topos*, significa que la *u* es negación, y *topos*, lugar. Se trataría de un no-lugar, de lo que no existe. Lo que sí existe es *eu*, que significa bien, lo bueno. Ambas parecen confluir en el significado que se le dio a utopía, lo bueno que no existe pero que se anhela.

La utopía es entendida como cierre de la historia, meta final deseable, que resulta en una creencia que ha sustentado a muchos sistemas dictatoriales del siglo XX. Otra concepción es la de ideal infinito, que se relaciona con la idea de progreso, ya sea como avance hacia una meta buena y definida que está al alcance de la humanidad o como movimiento infinito hacia delante que no se detiene, una perfectibilidad perpetua. Una meta que indica la señal del horizonte hacia el que dirigirse, que permite avanzar, pero que nunca se alcanza del todo.

Las concepciones de la utopía en el devenir histórico, se han dado de manera general, porque es un elemento de esperanza de cambio en las sociedades humanas, particularmente bajo contextos vulnerables y desatendidos, inseguros o de riesgo, y para que las generaciones posteriores busquen su posible cumplimiento, favoreciendo el desarrollo de mejores condiciones de vida.

Vista desde estas acepciones, la primera es imposible y, por lo tanto, sin validez social y política. Si es una solución que arreglará todos los problemas, es opresiva y cerrada. Y será desesperanzadora tal como un ideal infinito, con una imposibilidad por sí misma.

Desarrollo

Históricamente el estudio de la utopía inició como una tendencia literaria, sin embargo, con la llegada de la edad moderna, coincidiendo con la era de los descubrimientos geográficos, se replantearon las posibilidades del pensamiento utópico. Para que en el siglo XX se replanteará

el significado y se considera al utopismo como una forma de espíritu (Cioranescu, 1972, en Saavedra, 2008).

Los clásicos utópicos con énfasis en lo ideal-social fueron Platón, Moro, Campanella, Bacon, Fourier, Saint-Simon, Cabet, Bellamy, Morris, Herzl con el sionismo, entre otros. Eran propuestas de mundos perfectos basados en el control y en la ausencia de libertad, utopías cerradas.

También representan una fuerte crítica de la sociedad de su tiempo, planteando un mundo distinto donde imperarían unas nuevas relaciones sociales basadas en la igualdad y la comunidad de bienes. La Utopía de Moro (1516) y la Ciudad del Sol de Campanella (1602) se inspiran en Platón, pero, mientras Moro es un claro defensor del humanismo, en línea con Rotterdam, Campanella tiene más conexiones religiosas medievales. ordenar el caos de un sistema económico y social profundamente injusto, bajo principios racionales y de justicia en favor de los oprimidos.

Fourier (1808), la planteó como una organización social en la que cada persona, actividad y objeto tiene su lugar y su papel, y donde cualquier inclinación subjetiva está prevista. Dirigida a la armonía, es la planificación detallada de la vida social, con la promesa de una vida llena de armonía y fascinación, de música y de placer sensual.

El socialismo utópico, diseña amplios planes universales de reconstrucción de la sociedad al margen de la vida real de ésta y de la lucha de clases. De forma idealista, sin comprender el papel primario de las condiciones de la vida material de la sociedad en el desarrollo histórico. Reyes (2017) asegura:

Engels reprocha a las ideas utópicas, fundamentalmente a las del siglo XIX, que no respeten las condiciones espacio-temporales e históricas, y que hagan depender su realización del azar. [...] El autor quiere que el socialismo sea una ciencia y no una mezcla de discusiones, perspectivas y críticas. Hay que sacarlo de la fantasía utópica, dice, e instalarlo en la realidad: Para convertir el socialismo en una ciencia, era indispensable, ante todo, situarlo en el terreno de la realidad (p. 36).

Popper (1947) escribe Utopía y violencia, en donde formula soluciones dentro de la propia comprensión moderna del tiempo. Él critica los planes utópicos que buscan el bien abstracto. No quiere, que se intente poner de acuerdo la humanidad sobre sus sueños ideales, algo imposible y poco científica, sino en los problemas específicos que se deben solucionar.

Bauman, estudia a través de los comportamientos humanos en pleno siglo XX, a la utopía que se busca atrás, en un pasado idealizado, ya que el porvenir dejó de ser sinónimo de esperanza y progreso para convertirse en el lugar sobre el que se proyectan solamente las aprensiones. A este estado lo denomina retrotopía (la búsqueda de la utopía en el pasado).

Con las condiciones de la globalización y el neoliberalismo, se dio la pérdida de la fe para alcanzar la felicidad en un futuro ideal, “un mundo regular, previsible y sin problemas” (Bauman, 2007, pp.134-135) cómo el de Moro, quién lo soñó 500 años atrás. Sin embargo, aún se mantiene la

aspiración de llegar a alcanzar esa utopía, pero centrada, no en el futuro, sino en el pasado. Es la retrotopía, el sueño de corregir los defectos de la actual situación humana, resucitando los malogrados y olvidados potenciales del pasado. Todo lo imaginado de ese pasado, real o no, sirven hoy de principales puntos de referencia a la hora de trazar la ruta hacia un mundo mejor.

Mannheim, (1929) dice que las utopías son aquellas construcciones ideales que inspiran a la acción colectiva de los grupos de oposición que intentan alcanzar una transformación radical y total del mismo tipo de sociedad. El asegura que las utopías trascienden también la situación social, pues orientan la conducta hacia elementos que no contiene la situación tal y como se halla realizada en determinada época. Pero no son ideologías, en cuanto logran por una contractividad transformar la realidad histórica existente, en algo que esté más de acuerdo con sus propias concepciones.

Las diferentes posturas con respecto a la utopía buscan comprenderla como esa meta o ideal –alcanzable o mero ideal infinito– hacia el que avanzar para conseguir una sociedad perfecta y feliz. Utopía como fin y utopía como anhelo o sueño en el que basar un proyecto, son aspectos que comparten aquellos que la consideran benéfica o perniciosa. Se basan en formas de conocimiento narrativo, la prognosis, que hace referencia a condiciones específicas en determinadas historias que enfilan hacia desenlaces (pre)determinado y tienen en común que las sitúan en el futuro, el tiempo en el que se alcanzará lo anhelado, (excepto Bauman). Las primeras utopías son espaciales, topológicas y, las segundas, son temporales.

En El Principio Esperanza, Bloch (1980) en lugar de utilizar el término utopía, abstracta, dice utopismo. Entre las características fundamentales de su pensamiento es el optimismo dentro de un sistema abierto, que aleje todo el pesimismo del pensamiento contemporáneo. El hombre es un todavía no ser, un sueño inacabado, anticipando un horizonte utópico de posibilidad. Viviendo en un mundo inconcluso con expectativas de vida no cumplidas, dirá:

Consideradas desde el punto de vista del concepto filosófico de la utopía, no como un entretenimiento ideológico de nivel superior, sino como camino ensayado y contenido de una esperanza sabia. Sólo así extrae la utopía lo suyo de las ideologías, y explica lo progresivo, de influencia histórica continuada en las grandes obras de la misma ideología (Bloch, en Levitas 2008, p. 6).

Considera Bloch, la utopía como conciencia anticipatoria, aquella forma de aventurarse más allá de la realidad, aquello que es esencial para la inauguración de un futuro transformado. Cómo bien interpreta, Levitas (2008):

La utopía, como expresión de lo todavía-no-consciente, es reivindicada en tanto hace contacto con la posibilidad real de lo todavía-no-ha-llegado-a-ser; está activamente vinculada al proceso del mundo en devenir como anticipación del futuro (no como una mera compensación en el presente), de modo que, a través de sus efectos sobre los propósitos y la acción humanas funciona como un catalizador del futuro (p.7).

Es la expresión de la esperanza, una esperanza construida, no desde lo emocional solamente, sino particularmente como acto cognitivo. Un razonamiento intencionado que conduce a la construcción de un futuro posible. Argumenta Levitas (2008):

Mediante el Todavía-No la utopía es trasladada de un concepto descriptivo a un concepto analítico, definida en términos de una función que es simultáneamente expresiva e instrumental. El Todavía-No en sí mismo contiene múltiples significados, las dos dominantes enfatizan la necesidad de la expresión utópica. La frase alemana noch nicht puede ser traducida tanto como “todavía-no” así como “aún-no”. De este modo, puede llevar el significado de algo que todavía no es, pero que es esperado, dando énfasis a una presencia o realidad futura; o algo que aún no es, dando énfasis en una ausencia o una carencia en el presente (p. 8).

De tal forma, el propósito es utilizar simultáneamente la carencia y la esperanza de realización, la ausencia y el presente potencial, el anhelo y la satisfacción potencial. Toda creencia desiderativa llama la atención hacia los defectos de la realidad y, así, da un paso necesario en el camino hacia el cambio. La utopía concreta se fortalece con los elementos anticipatorios. Bloch afirma: “El temor, dice Sartre, es muy especialmente un estado que suprime al hombre; y de acuerdo con ello hay que tener a la esperanza subjetivamente, y mucho más objetivamente, como lo opuesto vivificante” (p. 491).

La firmeza de Bloch radica en considerar la aventura utópica siempre mejor que el pesimismo o la ignorancia, ya que dirige hacia una vida mejor, a alcanzar un futuro transformado que se hace en el presente como algo potencial.

La naturaleza inacabada de la realidad posiciona la utopía concreta como un futuro posible dentro de lo real, siendo anticipada como una experiencia subjetiva, tiene además un status objetivo y busca la felicidad. Lo denomina como “la patria de la identidad”, “el bien supremo”, “el momento de plenitud”. De manera precisa, el trascender la alienación, construida como una experiencia subjetiva que es anticipada y comunicada mediante el arte.

El interés y la preocupación principal es el cambio, nutrido de los sueños por una vida mejor, esto define a la utopía blochiana, con su carácter analítico, un funcionamiento utópico con varias facetas: expresiva (articulación de la insatisfacción), razón constructiva, educativa (mitografía, querer más y mejor), anticipatoria (futurología de posibilidades) y causal (agente del cambio histórico).

La utopía concreta está, según Bloch, arraigada en los seres humanos como categoría ontológica, como tendencia fundamental; como el vislumbramiento de una condición que se desea, reintegrada al discurso crítico y abriendo camino a la esperanza. Se cimientan los pilares de la utopía posible.

El futuro, como dimensión temporal, devendrá de las acciones que los seres humanos hagan o dejen de hacer; por lo que, en consecuencia, es una construcción, una creación. Plantea Heller(1989):

El principal problema que se presenta en cuanto al conocimiento del futuro, se relaciona con la posibilidad de realizar afirmaciones verdaderas sobre aquello que sólo podemos imaginar o intuir, pero no conocer con exactitud. Es decir que, en relación al futuro, sólo se pueden realizar afirmaciones con cierto grado de probabilidad, pero nunca con un grado de certeza. (p. 232).

En el mismo sentido, señala que el futuro no está predeterminado, pero tampoco emerge de la nada, es por esto que la única posibilidad que tenemos de conocerlo se logra a través de las inferencias que podemos realizar desde el pasado y del presente. “Nuestro pasado es el futuro de otros, y nuestro presente es el pasado de otros. Todas nuestras acciones se orientan hacia el futuro, pero éste no es idéntico a nuestro futuro o a los tiempos por venir: los trasciende” (Heller, 1989, p. 44).

De esta manera, el futuro se recrea como la construcción de lo posible, en la medida en que aglutina las ilusiones y expectativas de una sociedad. Al mismo tiempo, absorbe y asume la idea de cambio y transformación, hacia la cual se orientan y movilizan las esperanzas colectivas. A partir de aquí, el futuro, dimensión temporal de la que nada sabemos con certeza, pero sobre la cual ciframos nuestras esperanzas de cambio, adopta la forma de una utopía. De esta manera, vemos al futuro como una época presente-futura, la cual se convierte en imagen de lo que pretendemos ser: la utopía, En este sentido, dirá Heller (1989):

Si nuestra comunión se refleja como presente absoluto y nos referimos al pasado como a épocas presente-pasadas (desde el punto de vista de nuestra época presente-presente), vemos el futuro como una época presente-futura. Por esta razón, la época presente-futura se convierte en una imagen –en una utopía– a la que se ha atribuido un significado (los valores de la conciencia de la responsabilidad planetaria) (p. 51).

Desde la visión epistemológica del presente potencial y el acontecer, la utopía y la historicidad están vinculadas, y forman parte de propio discurso de la ciencia. Es posible incorporar un discurso libre de parámetros reduccionistas del discurso dominante, el del poder. Lo advierte Zemelman (1998):

Se pueden romper los parámetros porque todo fenómeno es un fenómeno histórico, incluyendo el de la cultura. Ese es el desafío al que conduce la utopía. Es por eso que la utopía tiene mucho que ver con la liberación del sujeto, aunque el sujeto no libere a nadie (p. 22).

La exigencia del sentido de lo nuevo que tiene la utopía se conforma por lo potencial, lo necesario, lo indeterminado, el espacio en la construcción del discurso con dimensiones abiertas y evocadoras. La utopía, antes que nada, es la tensión del presente. Además de modalidad de conocimiento que ubica al hombre, de acuerdo a Zemelman (2002):

... el esfuerzo por asumirse como sujeto potente, utópico, que es lo propio de la necesidad que surge de la incompletud, transforma al tiempo en lo indeterminado-determinable,

y es lo que caracteriza la capacidad del sujeto para desplegar sus potencialidades. Para lo cual se requiere de la memoria que alimente las visiones utópicas (p. 37).

La utopía de un nuevo sujeto concreta, sobre un plano a la vez epistemológico y ético, las dimensiones constructivas. Esta teoría del sujeto, asume la crítica radical de la subjetividad, y a la conciencia como señala Stepanenko (2011) “la perspectiva de la primera persona, la perspectiva desde la cual cada persona vive sus propias experiencias” (p. 13). Más se requiere de una concepción compleja del conocimiento, del mundo y fundamentalmente de sí mismo como sujeto. Lo expresa Morín (1994):

Así es que nuestro punto de vista cuenta con el mundo y reconoce al sujeto. Más aún, presenta a uno y otro de manera recíproca e inseparable: el mundo no puede aparecer como tal, es horizonte de un eco-sistema ‘del eco- sistema, horizonte de la physis, no puede aparecer si no es para un sujeto pensante, último desarrollo de la complejidad auto-organizadora. Pero tal sujeto no ha podido aparecer más que al término de un proceso físico a través del cual se ha desarrollado a través de mil etapas, siempre condicionado por un eco-sistema volviéndose cada vez más rico y vasto, el fenómeno de la auto-organización. El sujeto y el objeto, aparecen. así como las dos emergencias últimas, inseparables de la relación sistema auto- organizador/ecosistema. (p. 64).

De ahí considera Morín (1986), las emergencias que surgen de las actividades biocerebrales del ser humano: “La inteligencia, el pensamiento, la consciencia son... emergencias surgidas de miríadas de interretroacciones computantes cogitantes que constituyen las actividades cerebrales” (p. 177).

Se puede concebir que, desde entonces, sin que hubiera un abismo epistemológico infranqueable, la auto-referencia llevará a la conciencia de sí, que la auto-reflexividad llevará a la reflexión, en suma, a que aparecieran «sistemas dotados de una capacidad de auto-organización tan elevada como para producir una misteriosa cualidad llamada conciencia de sí (p. 64).

La reflexión significa desdoblamiento: la consciencia es “vuelta del espíritu sobre sí mismo” (Morín 1986 p.190). Esta reflexión o vuelta del espíritu sobre sí mismo se produce vía el lenguaje. “No se puede tomar consciencia de la consciencia sino con la ayuda de la palabra consciencia” (ibíd.). El lenguaje, la conceptualización, son necesarios para pensar y, particularmente, para pensar el pensamiento, y lo es de manera fundamental para que la consciencia propiamente dicha se presente.

La consciencia supone un tratamiento en segundo grado, es decir, un metapunto de vista, pero que no está aislado de “lo reflexionado”, sino que forma parte de ello, de manera que es un metasistema superior, aunque interior al sistema cerebro-espiritual. La consciencia no es un punto de mira ni exterior, ni fijo, ni estable, sino que constituye un bucle auto-(cerebro- psico)-productor (Morin,1986, p.191): la consciencia es producto

de la reflexión y al mismo tiempo la produce. La consciencia es un bucle recursivo que, según la intención del sujeto, se desdobra en consciencia de sí, consciencia de sus conocimientos, consciencia de sus pensamientos, consciencia de su consciencia. (Soto, p. 274)

Ahora bien, la consciencia histórica tiene un doble vínculo de sujeto y realidad histórica, el primero posee la capacidad de conocer y está condicionado a las determinaciones posibles por la realidad histórica. Para Quintar (2003) “Conocimiento, en esta perspectiva, es la integración de las voces interiores y exteriores incorporando sentimientos y emocionalidad como parte de la verdad construida, aspectos constitutivos del sujeto concreto planteado por la epistemología del presente potencial o de la conciencia histórica” (p. 36).

Los sujetos son límites dados, pero en simultáneo, son potencialidades, ya que son capaces de trascender los límites conceptuales con los que se piensa en un determinado momento, expresada en la potencialidad de resignificar y dar nuevos contenidos de los sujetos, dirá Zemelman (2002). Esto se da en la investigación de la realidad social, y en la vida cotidiana.

Es una aventura que obliga a trascender la realidad objetual-dada en una exigencia de horizonte que encarna el desafío de asumir la voluntad de construir y a la vez de estar en la historia para forjar los ámbitos de sentido en cuyos causes hay que ver las conductas y las experiencias, en forma de responder al desafío de cómo el hombre transforma su época en experiencia (Zemelman, 1998, p. 75).

La permanente ruptura de parámetros y aquellas construcciones simbólicas de sentido que imponen, desde el inconsciente colectivo, modos de mirar, actuar y sentir en el mundo es el conocimiento. Cómo lo interpreta Paredes (2013):

En la cotidianeidad se observa la capacidad de los sujetos de transformar lo indeterminado o lo naturalizado en otras modalidades de contenidos y sentidos. Para esto Zemelman rescata la noción de asombro en el conocer (2002), donde el asombro configura la potencialidad de la apertura propia de la realidad social y del conocimiento sobre ella, dándole una forma que puede parecer ingenua, pero que es productiva en tanto produce nuevas definiciones (p. 5).

La conciencia histórica -el pasado-, es la capacidad para reconocer lo potencial de la realidad -el presente-, para pensar en la ruta de lo historizable -el futuro-, desde la voluntad para construir en lo particular, ver desde lo epistémico la necesidad- posibilidad en la dialéctica determinación-indeterminación. De esta forma, se relacionan la necesidad en sí y del otro, la subjetividad en movimiento. El sujeto se libera, deja atrás el devenir que lo esclaviza, recupera lo histórico en lo subjetivo y lo subjetivo en lo histórico.

Se hace patente la necesidad epistemológica de la conciencia histórica, que más allá de la función cognitiva, integra ética y política al conocimiento. El presente se nutre con la conciencia histórica que relaciona la concreción con el despliegue. Es así que Zemelman (1998) señala:

... la conciencia histórica es la conciencia de las modalidades de concreción de la realidad sociohistórica. Es la conciencia del movimiento del tiempo y del espacio como ámbitos de sentido, a la vez del sentido como opción de construcción al interior de esos ámbitos. El tiempo y el espacio que salen de sí mismos para facilitar avanzar al encuentro del horizonte. En última instancia, es el desafío para ir hacia lo desconocido creado por ello, en ese mismo ir, el espacio del horizonte. El espacio es el tiempo atrapado por la lógica del caminante; que es el constante desafío de constituir relaciones o conocimiento (p. 148).

De tal forma, la conciencia histórica es una colocación ante la realidad, el proceso por el cual los sujetos concretos se conocen a sí mismos y al mundo, instalados en él, más no en la apropiación del mundo. Esta diferencia impulsa a la acción del sujeto, lo transforma en autor de una realidad que le exige movimiento, creatividad, apertura, en los modos de estar siendo y construyendo historia. El conocimiento es conciencia, y conciencia histórica.

Conclusiones

La postura que se adopta como reflexión emergente es que las utopías se erigen como modelos generadores de acción, porque representan el punto hacia el cual proyectamos nuestros deseos de cambio y transformación. Es la potencialidad intrínseca a la utopía que convoca al futuro en cuanto imagen de una sociedad distinta, transformadora y a la vez superadora de la realidad de la cual emerge. Así, los ideales utópicos representan la necesidad de lo nuevo contenido en el presente, la expresión de un futuro imaginado en la educación.

La utopía no se puede adecuar a la realidad existente, ya que se habla de una utopía que construye nuevas realidades, una conciencia utópica que arriesga y se aventura en lo futurible. O sea, el horizonte de acciones posibles a partir de alternativas posibles y construibles, la transformación en mundos posibles y, por lo tanto, en la historicidad.

Dicha conciencia histórica, como forma de subjetividad, es un tejido de cognición, voluntad y afectividad. La conciencia histórica tiene espacios de indeterminación, de indeterminación-determinable, son las potencialidades del sujeto formador.

Referencias

- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos, vivir una época de incertidumbre*. Tusquets.
- Bloch, E. (1980) *El Principio Esperanza III*. Biblioteca Filosófica Aguilar.
- Calderón, G. (2019). *Formación de Formadores Innovadores*. Tesis de Doctorado en Formación de Formadores. Escuela Normal Superior de Michoacán. No publicada.

Heller, A (1989). Teoría de la historia. Fontamar.

Levitas R. (2008) La Esperanza Utópica: Ernst Bloch y la reivindicación del futuro. *Revista Siglo XXI. Revista del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales del Instituto Politécnico Nacional*. No. 12 15-30. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/7309/1/REXTN-MS12-02-Levitas.pdf>

Morín, E. (1986). *Introducción al Pensamiento Complejo*. GEDISA

Paredes, J. (2013) El Presente Potencial y la Conciencia Histórica. Realidad Social, Sujeto y Proyecto. A la memoria de Hugo Zemelman Merino. *Polis* (36). <http://journals.openedition.org/polis/9479>

Quintar, E. (2003) La dialéctica entre la conciencia histórica y la conciencia femenina: un modo de hacerse mujer. *Pedagogía y Saberes*. Universidad Pedagógica Nacional. Facultad de Educación. 19. 7-1. [Constancias/6164-Texto%20del%20art%C3%ADculo-15564-1-10-20170601.pdf](https://repositorio.ceiich.unam.mx/webceiich/docs/libro/Utopia.pdf)

Reyes, L. (2017). *Crítica del tiempo histórico El espacio utópico como revolución kairológica*. Tesis doctoral publicada. Universidad Autónoma de Madrid. https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/681318/reyes_manuel_lourdes.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Saavedra, M. (2009). *Complejidad y transdisciplina: utopía posible de la formación docente*. Escuela Normal Superior de Michoacán. <https://dokumen.pub/qdownload/complejidad-y-transdisciplina-utopia-de-la-formacion-docente.html>

Soto, M. (1999) *Edgar Morín. Complejidad y sujeto humano*. Tesis de Doctorado publicada. Universidad de Valladolid. Departamento de Filosofía, Lógica y Filosofía de la Ciencia y Teoría de la Educación. C:/Users/ENSOG/Desktop/edgar-morin-complejidad-y-sujeto-humano--0.pdf

Zemelman, H. (1998). Utopía. UNAM. <http://computo.ceiich.unam.mx/webceiich/docs/libro/Utopia.pdf>

Zemelman, H. (2002) Conciencia de realidades y voluntad de conocer: a manera de prólogo, en Valencia G., De la Garza E. y Zemelman H. (2002) (Coords). *Epistemología y sujetos: algunas contribuciones al debate*: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, Plaza y Valdéz.